—¡Estoy salvada!—exclamó la jóven estrechando con alegría las manos del padre y de la hija.—Podré pagar mi cuenta aquí, é iré á España en busca de mi madre!—¡Oh! gracias, amigos!—¡Bienhechores mios, gracias!

Y llevada por el exceso de su alegría, ensayó un trino de los que pocos dias antes hacian caer á sus piés brillantes y flores.

Aquel divino gorjeo, no tuvo ningun sonido ni llegó á los oidos del grabador y de su hija.

La voz no salió de la garganta.

Isolina se puso lívida, hizo una escala y su voz de seda y plata sonó ronca, oscura, como rota.

Entonces lanzó un agudo grito; alzó los brazos y cayó con la cara contra el pavimento encerado y brillante del pobre cuartito de Miranda.

—¡Dios mio!—¿qué tiene?—exclamó la pobre niña, pálida de terror.

—¡Desgraciada jóven!—repuso su padre levantando á la artista;—¡ha perdido la voz y para siempre!

XI.

Algun tiempo despues, un respetable anciano inglés, viajaba hácia España á pequeñas jornadas, acompañando á una mujer pálida, demacrada, y en cuyo rostro se veia impresa, acaso con huellas indelebles, una expresion sombría y desesperada.

Sus ojos eran grandes, negros, hermosísimos, pero estaban impregnados de dolor, hundidos y rodeados de profundos surcos oscuros; de cuando en cuando brillaba en ellos una ráfaga de delirio, y entonces brotaba de los lábios de aquella pobre criatura una carcajada histérica y convulsiva, apagándose aquella risa en mil palabras vagas é incoherentes. Hablaba de un teatro donde aplaudian miles de espectadores, de una corona de marquesa, de una anciana abandonada, de Niza, de Milan, de París, de Lóndres, de un príncipe cuyas palabras de amor creia oir, de deudas, de una cárcel, de robo, de abandono, de miseria y de prision. Cantaba entónces con ronca voz una cancion francesa cuya melodía debia ser encantadora, ó bien un trozo de ópera de Donizetti ó de Bellini.

Su propio acento gutural y fatigado debia sonar bien á su oido, pues ella misma se aplaudia y se entusiasmaba gritando:

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

Despues se apagaba su canto en un torrente de lágrimas y murmuraba:

—¡Oh! Qué delicia sería morir!

—¡La vida es de Dios, hija mia!—respondia

dulcemente su compañero,—él la dá, él solo puede quitarla!

Poco á poco los accesos de demencia fueron siendo más raros y mas cortos; pero la tranquilidad trajo una tristeza cada vez más profunda.

Entónces el anciano la hablaba de su madre.

—¡Sí! ¡Sí! Seré al verla, al estrecharla entre mis brazos, seré tan feliz cuanto puedo serlo ya aquí abajo; pero, santo cielo, ¿qué será de las dos?

—Dios proveerá.

—Dios se ha olvidado de mí,—respondió una vez la pobre viajera.

—Pensar eso es una ingratitud,—exclamó el padre de Miranda:—decirlo es un crímen. ¡Dios olvidarse de ninguno de sus hijos! ¿Quién sino él ha hecho que la condesa de Royé, esa noble dama que la ha escrito, haya hallado á su madre de usted? Si vuelve usted al lado de esa madre ofendida, pobre, abatida, caida de la grandeza que soñaba y que solo alcanzó para tormento, adore la clemencia de Dios que le envía acá abajo el castigo para no dárselo eterno. Vuelve usted como el hijo pródigo; pero no se queje, pues si aquel se apoyaba en una esperanza, á usted le restan dos.

—¿Dos?

—Sin duda. El perdon de su madre y el amor.

—¡El amor!—repitió con amargura la pobre Isolina.—¡Su solo nombre me da horror!

—Como si le hubiera conocido todavía,—murmuró el anciano con una sonrisa.—¿Acaso piensa que era amor lo que le han inspirado esos aduladores que formaban su córte?

—¡Oh, no!

—¿Acaso piensa que amó al marqués de la Florida?

Isolina hizo un gesto negativo de desprecio y horror.

—No, hija mia; usted no ha amado todavía y aun puede gustar la felicidad suprema de querer y de ser querida.

—Es tarde,—murmuró Isolina;—tengo veinte y ocho años y ya pasó lo mejor de mi vida.

El anciano se sonrió con la expresion de plácida bondad que era en él habitual.

Al llegar Isolina á Madrid, se halló en los brazos de la condesa, que la condujo á su casa, y entre tanto Josefa y su hija Dionisia se hallaban al lado de su madre preparándola para que la viese.

—Con que,—decia la viuda,—¿es verdad que mi hija se halla ya mejor?

—Casi buena del todo, señora,—respondió Josefa.

—Y ya está en camino,—añadió Dionisia.

Al oir estas palabras, la pobre madre se estremeció.

—¿No me engañas?—dijo á la jóven;—¿está ya en camino?

—Así me lo ha dicho la señora condesa.

—¿Cuándo?

—Hace tres dias.

—De modo que...

La voz le faltó aquí á la anciana y un temblor espantoso sacudió todo su cuerpo.

—¡Señora, no se agite usted; va á caer mala de nuevo!—exclamó Josefa.—Y ¡qué dolor seria para su pobre hija el hallarla así! Hay que sacar fuerzas de flaqueza, porque va á llegar.

—¿Va á llegar?

—De un momento á otro.

—Quizás haya llegado ya,—arriesgó Dionisia, que se colocó á espaldas de doña Magdalena con un pomito de esencia en la mano.

—Pues ya se vé que debe haber llegado,—dijo Josefa.—¡Eh! no hay que alterarse, señora; creo que oigo pasos en la escalera.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡No me quiteis el sentido hasta que haya abrazado á mi hija!—exclamó la anciana, próxima á desfallecer.

Y escuchó con ánsia si se oian pasos detrás de la puerta entornada.

—Abre, Dionisia,—dijo Josefa;—he conocido los pasos de la señora condesa. Ahí están.

La puerta se abrió y detrás apareció un grupo compuesto de la condesa, de su marido, de Isolina, á la que los dos sostenian, y de su compañero de viaje.

—¡Madre!—gritó ésta, sin atreverse á acercarse.

—¡Hija mia!—exclamó la viuda, levantándose y sin poder avanzar á causa de su debilidad y emocion.

Isolina corrió á echarse á los piés de su madre, cuyas manos asió, apoyando en ellas su abrasada frente y derramando un torrente de lágrimas.

—¡Las dos se han salvado!—dijo el conde:—la una de la demencia, la otra de la muerte.

Algunas horas despues, solas madre é hija en la habitacion de la primera, y sentada Isolina á los piés de la viuda en una silla baja, le hacia la relacion de los años que habia estado separada de ella, de sus remordimientos por haberla abandonado, de su desasosiego, de su afan de hallarla, de su disgusto para el amor, de las duras pruebas porque habia pasado al empezar su carrera, de su absoluta soledad moral, de su propósito de hallar la dicha en el matrimonio y en el amor de la familia, y como buscando este fin, habia decidido casarse con el marqués.

Despues de referirle todos los detalles de la persecucion del aventurero, y como llegó al fin á dar oidos á su amor, consintiendo en casarse con él, llegó á la relacion de su abandono, que hizo con voz alterada por la cólera y el dolor.

El marqués habia echado un narcótico en su vaso durante la comida: atacada Isolina de un

sueño invencible, se habia retirado y acostado, y él, aprovechando su profundo letargo, habia salido de la posada, arrebatándole todo cuanto poseia.

Segun las noticias que la policía habia tomado, habia pasado á los Estados-Unidos.

—Ya ves, madre mia,—prosiguió Isolina,—que la justicia celeste me ha perseguido y castigado por haberme separado de tí. ¡Ah! ¿cuál ha sido el fruto de algunos años de pesares y de efímeros triunfos? Héme aquí tan pobre como cuando te dejé, habiendo pasado ya la primavera de mi vida amargamente, herida y unida para siempre á un sér degradado é infame.

—Pero estás curada de tu ambicion y yo estoy curada de mi absurda severidad,—dijo la anciana, en cuya mirada brillaba una dulzura y una serenidad inefables.—¡No lo dudes!—añadió besando á su hija en la frente:—hemos pagado nuestra deuda al dolor, y aun podemos ser dichosas.

PARTE TERCERA.

I.

Un mes despues de estos sucesos, la bella primavera vestia de verdor los altos árboles del jardin de Luxemburgo, asilo de tantos pájaros, y bajo cuya sombra juguetean tantos niños.

En una casa retirada en frente del histórico jardin y en el primer piso de la misma, tenia lugar una escena muy triste, pero llena á la vez de un encanto misterioso.

Era una estancia magnífica, vestida y tapizada de raso azul claro con cortinas de encaje blanco y muebles de laca: los bronces, los cuadros de gran precio, las macetas cargadas de soberbias flores, alternaban en grata y brillante profusion, y la brisa de una hermosa tarde de Abril que subia impregnada de perfumes, agitaba las cor-